



EL QUE SE HUMILLA SERÁ ENSALZADO

Domingo XXII del Tiempo Ordinario



Eccl 3, 17-18.20.28-29 | Sal 67, 4-5a.c.6-7b.10-11 | Heb 12, 18-19.22-24

Evangelio según san Lucas 14, 1.7-14

Un sábado, Jesús entró a comer en casa de uno de los principales fariseos. Ellos lo observaban atentamente. Y al notar cómo los invitados buscaban los primeros puestos, les dijo esta parábola: Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer lugar, porque puede suceder que haya sido invitada otra persona más importante que tú, y cuando llegue el que los invitó a los dos, tenga que decirte: Déjale el sitio, y así, lleno de vergüenza, tengas que ponerte en el último lugar. Al contrario, cuando te inviten, ve a colocarte en el último sitio, de manera que cuando llegue el que te invitó, te diga: Amigo, acércate más, y así quedarás bien delante de todos los invitados. Porque todo el que se eleva será humillado, y el que se humilla será elevado. Después dijo al que lo había invitado: Cuando des un almuerzo o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así tengas tu recompensa. Al contrario, cuando des un banquete,

invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte, y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos!



Caminar tras sus pasos

Es común el afán de ser, de situarse, de estar sobre los demás. Quien no aspira a más es tachado, a veces, de “tonto” en este mundo tan competitivo. También, en nuestra sociedad hay un complejo sistema de normas de protocolo por las que cada persona se debe situar en ella según su valía. En los actos públicos, las autoridades civiles o religiosas ocupan uno u otro lugar según escalafón, observando una rigurosa jerarquía en los puestos. ¿Será este el comportamiento que desea Jesús? Pareciera que no.

La comida que nos presenta el texto le da ocasión a Jesús para desenmascarar la competitividad, la exclusión social y las relaciones interesadas. Los “primeros puestos” en el Reino están reservados, para quienes, como Jesús, empeñaron su vida y sus energías a favor de aquellos desechados de la sociedad. Los cuatro primeros invitados que nos presenta el texto pueden retribuir la invitación; los cuatro últimos, no.

En el primer caso tenemos una relación comercial; en el segundo tenemos gratuidad. Se produce una inversión de valores. Las cuatro categorías de marginados hacen referencia a la práctica que Jesús viene realizando día a día. Como discípulos debemos caminar tras sus pasos.



“Señor, Dios de libertad y liberación,
que quieres que todos los pueblos
vivamos en justicia, libertad e igualdad,
ayúdanos a crecer en sentido de responsabilidad
para buscar como pueblo
las cosas que son para el bien de todos
y no solo de algunos grupos más ricos y poderosos.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén”.

(*Dios camina con nosotros. Libro guía 2*, Marta Boiocchi,
Editorial Claretiana, 2a ed. 2014).



Vivir dispuestos al servicio

¿Cómo hacer un mundo de hermanos, igualados en el mutuo servicio? El texto nos empuja a la utopía. Para Jesús adquiere verdadero honor quien no se exalta a sí mismo sobre los demás, sino quien se abaja voluntariamente y se dispone al servicio.

¿A quiénes servir? El evangelio nos relata cuatro perfiles anónimos de personas que, para la época, carecían de voz:

- 1) Los pobres, en griego *ptochós*, término que no describe una pobreza pasable, sino la total indigencia. Una persona vejada, oprimida, sin ningún tipo de influencia, ni poder, ni prestigio.
- 2) Los lisiados, quienes tienen estropeados los músculos y no pueden lograr lo que quisieran.
- 3) Los parálíticos, quienes no se pueden mover con libertad quedando reducidos en su posibilidad de acción. Su caminar se interrumpe constantemente.
- 4) Los ciegos, quienes necesitan ayuda para ver con claridad pues el panorama se les ha oscurecido. No ven posibilidades aunque las tengan enfrente, pues viven en tinieblas.

Tal vez no necesito ir muy lejos para identificar a alguien cercano que necesite: claridad, compañía, ánimo, cariño, escucha... Cuando me brindo sin esperar nada a cambio, ayudo a encarnar en un mundo tan excluyente la propuesta de Jesús.

SEMILLERO

Compartimos este aporte del entonces Card. Bergoglio, que nos llama al despojo de sí, a gastar la vida, en busca de justicia, libertad e igualdad. En definitiva, de unidad donde nadie es más “valioso” que otro. Cada carta, cada homilía y cada mensaje del Cardenal sigue estando vigente y resuena con más fuerza desde su Papado. “Quien no vive la gratuidad fraterna, convierte su existencia en un comercio ansioso, está siempre midiendo lo que da y lo que recibe a cambio” (*Fratelli tutti*, 140).

En el cotidiano desovillar del servicio

“En el pasaje evangélico que acabamos de escuchar hay una consigna del Señor que, de alguna manera, apunta a este espacio pastoral, el único apto para amasar la unidad del pueblo fiel de Dios y entre nosotros: *Cuando des un banquete invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos...* (Lc 14, 12-14). Se trata de un ámbito espiritual procurado por el desinterés y hasta por el despojo personal.

Jesús nos llama la atención sobre el sutil engaño que existe en hacer algo por provecho propio y tener allí nuestra recompensa; nos indica, a la vez, el lugar seguro donde el egoísmo que anida en nuestro corazón no nos juegue una mala pasada: la ‘proximidad’ y la acogida de aquellos que no tienen cómo retribuirnos.

Una vez más aparece implícitamente aquel *leitmotiv* tan reiterativo de la misión del Ungido (cfr. Lc 4, 18-19).

Procura la unidad desde el despojo de sí mismo en el cotidiano desovillar del servicio, buscando los intereses de Cristo Jesús y no los propios.

La unidad en la Iglesia es una gracia, pura gracia, pero una gracia que hay que saberla recibir, deseándola entrañablemente, haciéndole espacio, haciendo cada vez más cóncavo nuestro corazón.

(...) Pidamos al Señor que nos contagie esta actitud de servicio anonadado que no busca el propio interés”.

(*El verdadero poder es el servicio*, Jorge Mario Bergoglio, Editorial Claretiana, 2da. ed. 2013).